

Yokoi Kenji Díaz

Salón 8

**Relatos de inspiración y
liderazgo**

*A mi esposa Aleisy, fiel representante de la
mujer libre y feliz. A mi hijo Keigo, protector
de la gracia. A nuestro hijo mayor Kenji Jr., el
saludable samurái. A mi padre, Yokoi Toru,
disciplinado ingeniero, y a mi madre, Martha,
pues su pasión y alegría están impregnadas
en mí. Finalmente, a mi gran amigo Clayton
Uehara, por estar siempre allí, grabando todo con
su alma y su lente.*

CONTENIDO

Recomendaciones	11
Salón 8	13
Inocente creatividad	17
Desapego	21
+18 Solo para adultos +18	25
Ya vengo	29
El amigo mafioso	33
Ya no te amo más	37
Hice el amor con nueve personas	41
Tregua	45
La satisfacción de ver caer	49
Los problemas nos fortalecen, las pequeñeces nos matan	53
¡Arrepiéntete!	59
Don Juan lector	63
Fútbol, Gokú y Heavy Metal	67
Sobredosis	71
Intrusos	75
¡Respira!	79
Muero de pasión	83
¡¡Ayuda!!	87
Perro no come chino	91
Días de lucha, días de gloria	95
Etiquetas	99
Arrullando a mi ego	103
Me largo	107

El aplauso	111
El maravilloso arte de calcar	117
Fantasmas y cebollas	121
Senos, ranas y un artículo sobre la leche materna	125
“Después me paga”	131
Lo simbólico, mi abuelo y la historia	137
Tomb Raider y la tía Lucinda	141
Andahuaylas, Perú	147
Moriréis primero	151
Nairo	155
Historia al revés	159
Tengo amigos	163
Hasta que duela	167
Pensando en sexo	169
Me gusta la escritura	173
¿Porno?	177
El arte de preguntar	181
Unicornio, donas y el gimnasio	185
Salud	189
Alegoría musical	193
¡Miserable de mí!	197
Hablando con demonios	201
Desesperanza aprendida	205
¡Son dos, son dos!	209

猥

RECOMENDACIONES

Procure no leer con afán estos escritos.
Si existe alguna urgencia en estas letras,
no es más que la reflexión.
Y allí, el afán muere.
De ser posible, lea despacio y respire.
Reflexione e intente recordar.
Luego, quién sabe, al conectar recuerdos de vivencias propias,
logremos rasguñar esa apreciada sabiduría íntima
del momento.
Sin pretensión y con gran estima,

YOKOI KENJI DÍAZ

八組

SALÓN 8

Los niños de la escuela me enviaban constantemente al salón 8. La risa de los demás y el ambiente de sarcasmo me indicaba que esto era algún tipo de *bullying*, pues éramos del salón 5. Existía el salón 6 pero no el 7, lo que me hizo pensar que cada vez que me indicaban que fuera al salón 8 era una forma de decir “vete al infierno”.

El maestro Sasaki pedía constantemente a los alumnos que ayudaran en la escuela al nuevo niño extranjero. “No le hagan *bullying* ni se burlen de él, aún no habla japonés, pero cuando aprenda, vais a ver cómo Kenji os supera a todos, pues es muy inteligente”, decía.

No sé por qué el maestro Sasaki tenía tantas esperanzas puestas en mí. “Si supiera que vengo con malas calificaciones desde Colombia”, pensaba yo con desaliento.

En el salón 5 se inició una campaña de “ayudemos a Kenji” como la de “liberemos a Willy” o uno de esos *hashtags* de hoy en día. Entonces fue cuando los niños se cansaron de tanta responsabilidad, de explicarme, involucrarme, guiarme de la mano, como si fuese un bebé de tres años, y escribir por mí notas para estudiar en casa.

Fue así que uno de ellos dijo entre dientes: “Kenji debería ser enviado al salón 8” y resultó que existía. Era el último salón

en el fondo del segundo piso, lejos de los otros salones. Lo hallé por la costumbre de andar solo por cada recoveco de la escuela. Me paré en la puerta y contemplé una escena peculiar: una maestra con bata colorida, una toalla blanca en su mano y con una expresión amable dibujada en su rostro. Cuidaba de siete alumnos que trabajaban con masilla de color. Sus cuerpos delataban que la edad variaba demasiado y advertí en ellos unos rasgos diferentes: cinco tenían síndrome de Down y otros dos una condición especial que desconozco; cada niño tenían en su hombro una toalla para limpiar la saliva que caía constantemente en la mesa mezclándose con la masilla de color.

Sí, el 8 es el salón especial de nuestra institución educativa, y ahora comprendo por qué al no entender casi nada, alguien tuvo la genial ocurrencia de enviarme allí. Es *bullying*, y hasta eso me demoro en entender por la diferencia abismal del idioma. Viene a mi mente el rostro del niño que me envió al salón 8 y de los que se rieron también y siento profundas ganas de llorar por la impotencia de no poder hablar bien, de no poder hacer un chiste, preguntar o comentar algo interesante como lo hacía en Colombia.

Esa imposibilidad me había llevado a reaccionar con violencia. Había vivido parte de mi infancia en las calles sin control del sur de Bogotá, viendo y admirando las peleas callejeras. Dadas algunas de mis acciones, me habían llevado al psicólogo, y parado a la entrada del salón 8 siento pereza de tener que enfrentarlo de nuevo. La última vez me había examinado como a una especie de planta amazónica y creyó que mi violencia obedecía a secuelas de la guerrilla, los paramilitares y los narcos que constantemente aparecían en las noticias sobre Colombia que transmitían en canales internacionales y sugestionaban a los japoneses.

La maestra de rostro amable se percató de mi tímida presencia en la puerta y me llamó por mi nombre: “Kenji *kun*, *tettsudatte*” [Niño Kenji, ¡ayúdeme!].

Entiendo demasiado bien la palabra “ayudar” en japonés, pues los maestros decían una y otra vez, “hay que *ayudar* a Kenji que no entiende nada”, “no dejen a Kenji solo, hay que *ayudarlo*”.

Pero lo que no estaba entendiendo en ese momento era la conjugación del verbo ayudar, pues la maestra no quiere *ayudarme*, sino que *pide mi ayuda*. “¿Acaso yo sirvo para algo en este país?”, pensé con gran curiosidad. Me sentó al lado de un niño llamado Kaoru y me pidió: “No dejes que se coma la masilla”. Mi trabajo es fácil, cada vez que Kaoru cae en la hipnosis de la masilla, lo despierto y le digo: “*Tabecha dame*” [No es de comer] y él, obediente, continúa trabajando.

Permítanme resumirles, mis queridos lectores: dos semanas después estoy con una bata colorida, una toalla en mis manos y no tengo ganas de llorar. Estoy orgulloso. Orgulloso de ser un improvisado maestro del salón 8. Pasé de ser una planta amazónica en el salón 5 a un activo e improvisado ayudante de la maestra en el salón 8. Allí aprendí y enseñé los colores, los números, las horas del reloj, los animales y la escritura más básica del japonés, ¡vaya si estas eran las clases que yo mismo necesitaba! Tuve paciencia porque la mayoría la tenía conmigo y, sobre todo, no dejé que Kaoru se comiera la masilla de color, bueno, tal vez solo un poco.

Lo que inició como “el *bullying* del salón 8” terminó siendo mi clase más importante de japonés y, quién sabe, mis primeros pasos en esto de lo social que tanto me sigue fascinando.

Tal vez, y solo tal vez, la vida no es buena ni mala, simplemente es la vida. Tal vez, y solo tal vez, no hay historias buenas o malas, simplemente el tiempo lo dirá.

創造

INOCENTE CREATIVIDAD

“Si quieren sobrevivir, deben ser creativos”. Lejos de ser alentadora, esta frase siempre me estresó, sentía ansias solo de pensar qué tan creativo podía ser en este mundo colorido y cambiante. La creatividad, sin embargo, puede ser algo natural si se entiende uno de sus principios más fundamentales: *volver a creer*.

Es necesario cierto grado de inocencia para volver a creer y tal vez por esto la gente creativa comúnmente es comparada con niños alegres y sin temores.

Tenía diez cuando llegué a Japón y esto me devolvió literalmente a ser un niño de cuatro años, pues ni siquiera sabía hablar el idioma.

Tuve que aprender a caminar nuevamente ya que los japoneses siempre transitan por un lado del andén y conservan el otro libre para no ir en contravía. Como si fuesen carros, van respetando siempre el sentido de la vía peatonal y todo tipo de señalización. Me demoré en entender que el lado derecho de las escaleras eléctricas debe estar siempre libre para aquellos que van con mayor prisa.

Lo que me dejó en un estado de inocencia dispuesto a creer todo fue sentarme en un inodoro de avanzada tecnología que me lavó y secó después de hacer mis necesidades fisiológicas. Luego de algo así, si los japoneses me hubiesen dicho que allí

los perros hablaban gracias a un traductor en sus cuellos, les hubiese creído ciegamente (hoy ya existe esa tecnología gracias a gente creativa).

Volver a creer es un principio esencial para la creatividad y, si bien es verdad que ciertas experiencias amargas de la vida hacen que esto sea muy difícil, pienso, mis queridos lectores, que imposible no ha de ser.

“Papá, estoy creando un cohete con un amigo para viajar al espacio”. La convicción en la voz y los ojos de Kenji David chocaron de frente con la mirada seca de un padre que hace muchos años pensó lo mismo. Sentí una terrible nostalgia de ese brillo en mis ojos. Pero luego veo a niños grandes con ese brillo en sus ojos y el mismo discurso del cohete, sí, niños grandes como Elon Musk quien es el dueño de Tesla Motors y hace realidad sueños que muchos ya no creemos.

En este orden de ideas es importante sanar, cicatrizar y, especialmente, no abrir heridas en otros para volver a creer con inocencia y así dar paso a la creatividad.

Ese *rating* mórbido de noticias, imágenes atroces de la maldad oscura que viaja rápidamente en redes, deja un sinsabor de desesperanza en nuestra humanidad. Pienso por esto que quien desee volver a creer para luego crear le urge una dieta y desintoxicación de ese producto negativo y viral.

Me resulta de maravillosa terapia ver con Keigo Daniel, nuestro hijo de diez años, los capítulos de una serie donde un niño llamado Finn y su perro amarillo, Jake, hacen alarde de su inocencia creyendo en todo el mundo, incluso en el malvado Rey Helado que siempre los engaña, pero la inocencia vence con creatividad a la adversidad y todo termina siempre en una gran hora de aventura.

Veo incluso los grotescos capítulos de *Rick and Morty*, ese abuelo degenerado que viaja con su nieto a universos paralelos

enfrentando con irónica crudeza nuestro malvado comportamiento existencial, pero con una innegable luz de esperanza en cada capítulo. Pocos imaginan que es haciendo dieta de malas noticias y viendo estos programas para niños que encuentro creatividad excelsa para nuevas temáticas de conferencias.

Pero mejor cito a Víctor Hugo (1802-1885), escritor de aquella obra maestra, *Los miserables*, que ha conquistado el mundo entero: “La fuerza más fuerte de todas es un corazón inocente”.



西
執
着